

que los ídolos de barro, las beldades del mundo, nuestras inspiraciones y nuestras obras pasan ante la Eternidad *sicut nubes, quasi aves, velut umbra*; pues que nosotros mismos somos huéspedes de un día en este pobre globo que se disputan la luz y las tinieblas....., á tal extremo ¡ay de mí triste! que al entrar hoy aquí (aunque tan temprano me habéis llamado), no me aguardan ya los brazos de aquel que amé con filial cariño y cuya sombra amiga todos me recordáis ¹ (como tal vez muy pronto sólo quedará una vaga memoria de mi paso por esta Comunidad); pues que sueño es la vida, humo leve la gloria, nuestras bellezas ilusión, litigios nuestras verdades, y único bien duradero la esperanza de lo absoluto, considerad, Señores, si hay razón y fundamento para que, desdenando los ideales finitos y buscando digno término remoto á nuestras obras, nos elevemos á la contemplación del Eterno Sér en quien juntamente residen la Suma Verdad, la Suma Bondad y la Suma Belleza.

He dicho.

¹ Alude á D. Nicomedes Pastor Díaz.



DISCURSO

SOBRE

LA ORATORIA SAGRADA ¹

SEÑORES:

DESDE que leí por primera vez el manuscrito del grandioso discurso que acabáis de oír, adiviné la profunda emoción que os causarían todas sus nobles y bien concertadas partes, así como la especie de plenitud y agobio de admiración y entusiasmo que experimentaríais en este momento; por lo que, parándome á considerar que yo era el sin ventura á quien obsequiosa deferencia de nuestro digno Director imponía la alta honra, pero difícil empeño, de contestar en nombre de la Academia, determiné no hacerlo con otro discurso (que en manera alguna, y muchísimo menos siendo mío, podría ya cautivar vuestra

¹ Leído en la Real Academia Española el 19 de Abril de 1883, contestando al Sr. D. Alejandro Pidal y Mon.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

encadenada atención), sino reducirme á cumplir lisa y llanamente mi deber reglamentario, hablándoos con brevedad y ligereza tales, que la fatiga que os produjesen mis palabras no excediera del *minimum* de vuestros temores.

Verdad es que en cualquier otro caso, aun tratándose de orador y discurso de mucho menor cuantía (dado que pudierais volver á elegir Académico de mi mediocre talla), todavía me preguntara yo si no debía adoptar como buen sistema el procedimiento á que hoy recuro por necesidad: todavía, digo, me preguntara, como os pregunto, si no fuera siempre discreto que el llamado padrino dejase por entero al neófito el papel de protagonista, en lugar de afanarse por aguar ó compartir su triunfo, parafraseando, ó tal vez impugnando su peroración: pues bien claro se advierte que si la parafrasea, amplifica y adiciona, el acto degenera en redundante y monótono, y que, si la impugna, desluce y desbarata ¡en fiesta tan solemne, á la faz del convocado público, y hasta delante de señoras!....., hace un flaco servicio á su pobre ahijado..... Pero, en fin, no es éste, ni con mucho, el caso en que nos vemos; que ni yo tengo nada que oponer al magnífico discurso del Sr. Pidal, ni, aunque lo tuviera, contaría con fuerzas y medios para disminuir el mágico efecto de su palabra.—Se limitará, pues, mi pobre y humilde tarea á saludarlo en

nombre de esta regocijada Corporación, ufana de verle ya en su seno; á exponer los méritos, ciertamente notorios, pero nunca bastante celebrados, que motivaron el unánime llamamiento que aquí le ha traído; á responder á las sentidas palabras con que nos ha expresado su gratitud, y, necesariamente, á decir algo, muy poco, pero siquiera lo preciso, acerca de su primer acto académico, para que, al menos, conste en nuestros anales que el héroe de su memorable discurso ha sido el insigne Fr. Luis de Granada, y que la Academia Española ha tributado en algún modo el debido homenaje de amor, sumisión y agradecimiento á este gran rey del habla castellana, tan gallardamente alzado hoy por el Sr. Pidal sobre el paves de su propia elocuencia.

Con lo que basta ya de exordio; si la cabeza ha de ser proporcionada á las demás partes de mi breve oración, no se diga luego que he gastado toda la pólvora en salvas ó salvedades, y que he sido difuso al anunciar que iba á ser lacónico, pareciéndome á aquel que decía en una carta: «Perdone V. que sea tan extenso; pero estoy muy de prisa.»

Para dar la más completa y cordial bienvenida al Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, empiezo considerándolo bajo el aspecto en que él, piadosísimo hijo, ha querido presentársenos ante todo en el tierno preliminar de su discurso,

cuando, conmoviéndonos hondamente, proclamaba que su encumbramiento al cargo de que va á tomar posesión, sólo podía hallar defensa *en los derechos de la sangre*, y que, aun alejado de esta Academia, siempre la había considerado *la casa solariega de sus mayores*.—Hablando luego, con legítimo orgullo filial, *de la venerable sombra de aquel que, sin dejar la presencia de Dios, donde goza el premio de sus virtudes, le precede* (son sus bellas palabras) *en el áspero sendero de la existencia, abriéndole paso con el brazo invisible de su autoridad*, le hemos oído añadir: «¡Ojalá fuera más propicia esta ocasión que para la tristeza para el regocijo!» Y patéticamente se lamentaba de que esto le impidiera seguir tratando de los altos merecimientos de su padre.

A lo cual le respondo yo (seguro de que también soy eco de generosas voces de vuestra alma) que tan propicia para la tristeza como para el regocijo es la presente ocasión, en que hemos visto correr hermosas lágrimas de los ojos de agradecido huérfano, y que la Academia se complacerá muy mucho si mi voz logra consolarlo al deplorar con él la muerte y enumerar los títulos de gloria del antiguo compañero, á quien con amor recuerdan aquí, de una parte los que se titularon sus hermanos, y de otra los que, llegados más tarde, lo veneran como padre y maestro.....—Así verá su

digno y verdadero hijo cuán positivamente es cierto que, al poner el pie en los umbrales de esta casa, ha entrado en su paterno hogar, y hasta qué punto puede considerarse entre nosotros como en medio de su familia..... ¡Todos, todos, sin excepción alguna, le estrecharemos hoy entre nuestros brazos, por ser quien es personalmente, por el esclarecido nombre que invoca y por pertenecer ya á nuestra comunidad de profesos de las buenas letras!

Pero ¿qué podré yo decir en elogio del inolvidable académico D. Pedro José Pidal, invicto orador, sabio ministro, embajador afortunado y profundísimo historiador, que logre ufanar y alegrar á su buen hijo?—Nada tan autorizado y oportuno como citar unas frases escritas en alabanza de aquel grande hombre por otro hombre también ilustre; frases que se destinaban á ser leídas en este mismo sitio, y en acto análogo al presente, lo cual no llegó á realizarse por nueva desventura de la Academia.

Es una dolorosa historia.....—Habíais elegido para ocupar la silla vacante por fallecimiento del Marqués de Pidal al consumado hablista, orador y poeta D. Antonio Aparisi y Guizarro, y disponíase el respetable Académico electo á presentaros su discurso de ingreso en este recinto, tan contiguo á la final morada, cuando también le sorprendió la muerte.—Ante mis

ojos he tenido yo el precioso manuscrito, trazado de puño y letra de aquel modelo de ciudadanos, que me honró con paternal amistad, y de ese documento (reproducido luego en letras de molde) copio las siguientes palabras, que al cabo resuenan, después de tantos años, en el lugar para donde se escribieron.—Ya es Aparisi quien os habla..... Reconoced su elegante estilo:

«Miro la silla que he de ocupar, en que se sentaba aquel cuya memoria no morirá nunca..... Tiemblo ocuparla.

»Fué sin duda insigne varón, ornamento de la Patria..... Entre las flaquezas de su época, permaneció firme é incontrastable; entre las veleidades del tiempo, inflexible; entre las corrupciones, inmaculado: gran ciudadano, era como el nervio de todo un partido; al morir él, pareció que el partido entero con él moría. Aun los que pensaban que había muerto, al pasar por delante del gran orador, le saludaban en su persona: semejava columna altísima que sustenta una gran techumbre: los vientos la cuartejan y cae con estrépito; la columna queda en pie.....—Más de una vez le oí: admiré el espíritu levantado, la instrucción vasta, la lógica temible. No era ya el sol que brillaba en su cenit; no, que estaba ya en su ocaso; pero ¡aún era el sol!.....—En adelante, una enfermedad cruel hizo al varón insigne objeto de

lástima respetuosa. El león estaba encadenado y tenía fiebre además.....

»Una cosa me admiró en aquel hombre, y otra me enterneció.

»Su grande espíritu, dando vida á aquella naturaleza casi muerta, podía trazar aún, en una obra que vivirá, las *alteraciones de Aragón*, y vindicaba la memoria de Felipe II, el hombre más rey que ha existido.....

»Una noche, lo recuerdo bien, á un fogoso orador se le escaparon palabras de aquellas que escandecen los oídos católicos, y Pidal las oyó, y pugnó por ponerse en pie, y con lengua trabada y balbuciente, y con acentos que parecían gemidos, pidió la palabra, si no para contestar, para protestar, y, concedida, hizo un gran esfuerzo, y no pudo, y se dejó caer sobre el asiento, y lloró.....

»Este fué el discurso más elocuente que pronunció en su vida.....»

Así habló....., así pensaba hablar aquí, en honor de D. Pedro José Pidal, D. Antonio Aparisi y Guijarro.....—Nada tengo yo que añadir, en mi pequeñez, á retrato de tanto valor, que parece hecho por la férrea pluma de Cornelio Tácito. Sólo daré fe y testimonio, á los que no conocieron el original, sobre la gran exactitud del parecido; pues también me cupo á mí la suerte, allá en mis mocedades, de admirar en la política tribuna y

tratar fuera de ella al digno paisano y sucesor de los preclaros hijos de Asturias Jovellanos y Campomanes.....—Con lo que ya es tiempo de que, deseando paz en su eterno reposo á los que finaron, y trayendo entre nuestros brazos al Sr. Pidal, hijo, vengamos á la festividad presente y hablemos del laureado paladín que, rico de juventud y bríos, y movido por su noble sangre, acude á ayudarnos en la continua tarea de esta Academia.....

Pero ¡ay! no salgamos todavía de la man-sión de los sepulcros; que la propia voz del nuevo hermano nos llama aún y nos detiene delante de reciente fosa.....—Sí; todavía tenemos que responder, con toda la efusión de no mitigada pena, á las hidalgas alabanzas que, antes de ocupar entre nosotros el conquistado puesto, dedica á la buena memoria del que lo dejó vacante..... Todavía hemos de decirle que la Academia se asocia al elegante y merecido elogio que ha hecho del inolvidable Conde de Guendulain, cuyo júbilo no tendría hoy límites si pudiera ver que le reemplazaba en su enlutada silla heredero de tales prendas y tan identificado con él en opiniones y sentimientos,....

Señores: la hoja de servicios del Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, ó sea el conjunto de títulos con que penetra en este que llamé algún día *Senado literario*, goza de tal notoriedad

en España y fuera de ella, que bien pudiéramos creerle dispensado del público examen de calidades que es de rúbrica en la toma de posesión de cada nuevo Académico. Pero callarme sobre los merecimientos de mi insigne y querido ahijado, fuera privarme y privaros á vosotros de legítima complacencia..... Lo que sí haré, en esto como en todo, obligado por la premura de tiempo que me aflige, será abreviar de razones y comentarios propios y reducirme á citar hechos y documentos.

Por dos diversos modos ha ganado superabundantemente el Sr. Pidal, á juicio de amigos y adversarios, la medalla y diploma de Académico. Como escritor y como orador; dado que no sea siempre orador, hasta cuando blande la pluma en el periódico ó en el libro.

Su grande obra escrita es la titulada *Santo Tomás de Aquino*, que todos conocéis. Discípulo predilecto del virtuosísimo padre dominico y gran tomista Fr. Ceferino González, el nuevo Académico emprendió con ardiente entusiasmo, luego que hubo terminado la carrera de Leyes, un estudio perseverante y concienzudo, como ya se hacen pocos en este siglo, de todas las obras del soberano teólogo y filósofo apellidado universalmente *El Angel de las Escuelas*. De aquellas laudables vigiliadas, á que el Sr. Pidal dedicó sus más floridos años, fué sazonado fruto el libro de que os hablo. No me

creo yo con autoridad bastante para hacer su panegírico, aunque mi educación fuera también escolástica y mi carrera literaria la Teología: háganlo respetabilísimos maestros.—Hágalo primeramente el propio P. Ceferino, hoy Arzobispo de Sevilla, quien, en su monumental *Historia de la Filosofía*, llama al señor Pidal y Mon, «ilustre biógrafo y elocuente apologista de Santo Tomás de Aquino, y gloria á la vez del Catolicismo y de la tribuna española;» añadiendo que «su libro es recomendable como pocos por su estilo grandilocuente, acaso con algún exceso (leo palabras textuales), y por el resumen y crítica de la doctrina de Santo Tomás que contiene, por su profundo sentido cristiano y por su vasta y escogida erudición.»—Oigamos también al célebre escritor italiano Salvatore Talamo, profesor de la Academia histórico-jurídica instituída en el Vaticano por el sapientísimo y prudentísimo León XIII, y uno de los que más han ayudado y ayudan á Su Santidad en la gran edición de las *Obras de Santo Tomás de Aquino*....—«Otro monumento (dijo al aparecer el libro del Sr. Pidal y Mon) es éste que surge para honrar la memoria del Angélico maestro.... En ninguno como en él está esculpida con toda su grandeza, y casi diremos en la totalidad de sus aspectos, la majestuosa y colosal figura del sumo Doctor. Ninguno como él re-

presenta á Santo Tomás en la ciencia y en la historia.... Por ardua y difícil que fuese la empresa, la ha conducido y cumplido con perfección.... Al mérito del fondo, une este libro un modo de decir opulento, elevado, copioso y profundamente sentido, que revela en el autor viveza de fantasía, esplendor de elocuencia y bondad de ánimo y de entendimiento.»—Recordemos, en fin, las nobles alabanzas que de esta misma obra hizo, con largueza que no habrá olvidado el Sr. Pidal, un periódico español tan ilustrado y competente como *El Siglo Futuro*.—«El autor de *Santo Tomás de Aquino* (dijo entre otras cosas) es D. Alejandro Pidal y Mon, á quien ya conocen todos los católicos de España por los frutos literarios de sus raros talentos, cultivados con exquisita diligencia y espléndidamente ilustrados por los rayos de la fe.....» «Para realizar su grandioso designio, el Sr. Pidal ha reunido gran copia de erudición y saber y ha consultado cuanto podía ayudarle en su empresa, contando singularmente con los beneméritos religiosos del Orden dominicano, entre quienes descuella el Rdo. P. Ceferino González, amigo del autor.....» «Júntese á esto una razón noble y fecunda, un fondo de piedad tan tierna que desde el principio de la obra se exhala suavemente....., una adhesión firmísima á Santo Tomás de Aquino, que raya en vivo entusiasmo, y los demás dones y ta-

lentos recibidos copiosamente del cielo por el docto panegirista.....»

Aquí hago punto respecto del escritor, y paso á tratar del orador.—Pero ¿qué diré yo que no sepáis todos? ¿Qué diré que no sepan cuantos puedan leer mis mayores celebraciones? ¿Quién no recuerda sus grandes triunfos en la tribuna desde que apenas había llegado á la edad viril? ¿Quién ignora la extraordinaria resonancia que tienen sus valientes y bien sentidas oraciones, no sólo en nuestra Península, sino en toda nación católica, en altísimos solios y encumbradas y poderosas inteligencias?—Abundante y briosa palabra, erudición é instrucción nada comunes, valor tribunicio, autoridad de *vir bonus*, conmovedores arranques de sincera pasión y todos los esplendores de la poesía lo han alzado á figurar entre los primeros en esta tierra de los eminentes oradores, pudiendo asegurarse, por tanto, que el imperio instintivo, natural, ingénito, que ejerció siempre sobre la lengua patria, y que progresivamente han ido fortaleciendo el estudio y la reflexión, harán que éste, como otros príncipes de la elocuencia española, sea utilísimo á los fines de nuestro instituto. Que la propiedad y acierto en el empleo de las palabras es también caso de inspiración y numen, y los verdaderos oradores, lo mismo que los verdaderos poetas, na-

cen con el privilegio de encontrárselo todo dicho, por no sé qué especie de humanidades infusas..... Sabios muy respetables andan por el mundo que pasarían muchas noches en vela para hallar los calificativos felices, los verbos adecuados, los giros castizos y las construcciones gallardas, que de pronto se les ocurren á estos capitalistas natos del buen decir, á quienes tanto deben gramáticas, retóricas y diccionarios.

Pero todavía no he hecho mérito de la cualidad sobresaliente del Sr. Pidal, considerado en sus discursos, en sus escritos y también en su persona..... Me refiero á la índole y grado de la fe religiosa, ó, por mejor decir, taxativamente católica, que le sirve de musa en cuanto piensa, escribe, dice ó hace..... Y aquí debo observar que, en mi concepto, dentro de toda Religión hay que distinguir tres clases de apóstoles ó propagandistas: los *naturales*, los *aleccionados* y los *filántropos*.—Son *naturales* los que nacieron y se criaron creyendo, v. gr., en Jesús, y nunca han vacilado en su fe; como (por ejemplo) Santo Tomás y Fray Luis de Granada; son *aleccionados* los que, después de haber profesado otras creencias, entran, real y efectivamente (como, por ejemplo, San Agustín y San Pablo), en determinada comunión, bajo el glorioso título de *convertidos*; y no son, en fin, sino *filántropos* los que, no profe-

sando, á pesar suyo, en lo interior de su conciencia, ninguna religión positiva, consideran que alguna de las existentes puede, por su moral y por su prestigio (ellos lo creen mero prestigio), ser útil, saludable y consoladora á aquellos á quienes aman; á su propia familia, al prójimo, á la patria, á la sociedad.....

De este último linaje de propagandistas, que pudiéramos llamar confesores y practicantes externos, ó por cuenta ajena, no hay para qué hablar ahora.—Advertiré, sin embargo, que juzgo hasta beneméritos y heroicos á los que recomiendan consoladoras y moralizadoras creencias que ellos no tienen, si los comparo con los que se afanan por arrebatarlas al que las tiene. Creo yo que la mayor peste del mundo, en la crisis que hoy corre la sociedad, es la manía de ciertos mozos que, por haber leído en algún libro alemán, traducido al francés, el descubrimiento de que no hay Dios en la tierra ni en los cielos (como si á enterarse de esto alcanzaran los microscopios y telescopios de Alemania y Francia), andan por esas calles, parándonos á los viejos y semi-viejos, á fin de espetarnos tan mala noticia.....— ¡Y si sólo nos la dieran á nosotros!..... Pero se la dan también á los que pueden creerla á puño cerrado; se la dan á los niños; se la dan á los pobres, pobres al par de discernimiento y de prudencia; se la dan.....

(bien que esto con menos fruto) á buenas y santas mujeres, que se echan á llorar á la sola suposición de que sus hijos no tengan en el cielo un Eterno Padre!.....—Y lo más ridículo de todo es que estos voluntarios de la impiedad, apóstoles imberbes del ateísmo, ejercen en definitiva un oficio muy anticuado y grotesco; oficio que ya desempeñaron, antes de que nacióramos los que hoy peinamos canas, una porción de filosofastros del corte de Volney y de Pigault-Lebrun, cuyos libretos racionalistas se apolillan hace diez lustros en prenderías, baratillos y ferias, sin hallar quien los compre ni los prohíba; oficio, en suma, que revela en sus maestros y aprendices tan mala educación como pésimo gusto, y tanta sandez como feroces entrañas..... Porque ¡Dios mío y Dios de ellos!, aunque esos desgraciados estuvieran ciertos de lo que dicen, ¿qué especie de placer de aguafiestas ó de aficionados á verdugo encuentran en ir arrancando esperanzas y consuelos á los que aguardan otra vida mejor y en no dejarles para los días de tribulación y angustia más asidero que la pistola del suicida?

Pero volvamos al Sr. Pidal, omitiendo lo mucho que podríamos decir y las subdivisiones psicológicas que podríamos hacer respecto de los creyentes *aleccionados*, respetabilísima clase muy extendida, desde hace treinta ó cua-